



HASTA ahora hemos encontrado a nuestros maestros antiguos en la escuela, rodeados de chicos.

D. Jesús está en un rincón de su casa, pero no se piensa que está solo ni en silencio ni en reposo. Es una estampa que habla, una actitud que interroga, una mirada que amonesta, una mente que dialoga.

Le acompañan los libros apilados en un estante hecho con cajones de embalar, como los de mi uso. Ellos le caldean el espíritu desde atrás y lo enfrentan con el mundo al que mira con energía, sin cuidarse de sí mismo, el moquero en el bolsillo de la chaqueta desabrochada, los pantalones arrugados y las botas de una pieza con elásticos.

En la pared hay una bombilla clavada en un clavo y de ella cuelga hasta el rodapie el cordón de la pera que la apaga y la enciende. No hay nada más ni hace falta más para pasarse las noches

de claro en claro. Es la imagen viva de Don Quijote en un ambiente de extrema humildad, no superada por el monje, porque la pobreza del hidalgo no ha tenido que envidiar a la del ermitaño, llevándole de ventaja su brío y su arrojo para enderezar entuertos y velar por los fueros de la razón y de la justicia tan necesarios en el mundo.

Don Jesús está hablando, pero, ¿con quien habla Don Jesús? ¿Habla consigo mismo? ¿Son los libros los que le calientan los cascos y le hacen arder la frente que parece insuflada por vapores de dentro? ¿Qué libros serán esos? ¿De que tratarán esos libros? ¿Qué género de ideas agitan la mente de Don Jesús, que no son de duda, sino de firmeza? Don Jesús no lucha con sus ideas, las expande, no le atormentan, le sostienen y animan. Se ve que son claras, sencillas y los personajes con quienes habla están dentro de él, son los que le han ido entrando desde los libros en que recuesta su cabeza a través de la lona en que se sienta, son los principios que rigen su vida y tiene la obligación de enseñar, aunque sin excesivo rigor en las consecuencias últimas por si se estuviera equivocado, con conformidad e indulgencia y ¡Dios sobre todos! porque ¡quien sabe cuanta puede ser nuestra flaqueza! Don Jesús está solo, Don Jesús vive solo, atareado con los chicos, suelta los de la escuela y toma los de la casa, sin ningún sosiego. ¡Qué le vamos a hacer! La vida hay que tomarla según viene.

D. Jesús viste de negro y tiene una sombra triste. Su figura ahilada se engatilla un poco al andar y mira al cielo o al suelo meneando el bastón que cuelga en el brazo sin usar, como atributo de respeto. Lleva la barba en punta como "El Caballero de la Mano en el Pecho", aunque la que él se aplica no es la diestra ni es la espada la que pende, sino la cayada. Su faz entrecana más bien parece sacada del grupo de asistentes al "Entierro del Conde de Orgaz", que es un entierro en el que todos los personajes, el muerto y los vivos, están pintados con vida de eternidad. Semblantes pálidos, como decía D. Bartolomé, de tez morena, cuerpos descarnados, ademanes recogidos, expresiones sobrias, dignos continentes, espíritus propen-

Maestro sin Escuela